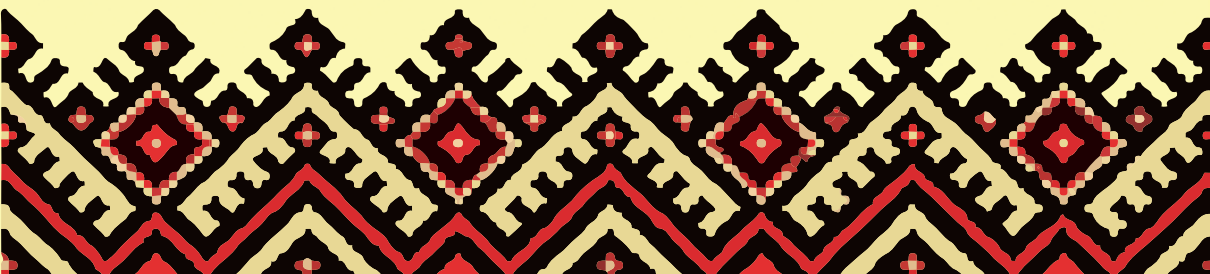


Red Departamental

De Mujeres Chocoanas



Investigación y compilación

Adriana Marcela Villamizar Gelves, Natalia Quiceno Toro, Andrea García Becerra, Ana María Henao Buitrago, Isabel González Arango, Camila Salamandra Arriaga.

Fotografía

Federico Ruiz - <http://federicoruiz.com>, Adriana Marcela Villamizar, Natalia Quiceno Toro, César Romero - @cesar.com, Germán Arango “Luckas Perro”.

Corrección de estilo

Miguel Botero

Diseño y diagramación

Alicia Reyes Londoño
Valentina Neira Yopez

Con apoyo

Universidad de Antioquia, Fondo Primer Proyecto CODI Vicerrectoría de Investigación, Vicerrectoría de Extensión (Buppe Innovación Social), Unidad Innovación, Instituto de Estudios Regionales, Grupo Cultura, Violencia y Territorio, Pontificia Universidad Javeriana, Artesanías Choibá, Artesanías Guayacán, Seglares Claretianas Medio Atrato, Red Departamental de Mujeres Chocoanas, Ruta Pacífica de las Mujeres Chocó, COCOMACIA, Cantadoras de Bojayá, Pastoral Social Diócesis de Quibdó, Fundación Universitaria de Antioquia.

iISBN

Impreso: 978-958-5596-01-6

Digital: 978-958-5596-02-3

Impresión

Impregón, <https://impregon.com/>

2019

www.iner.udea.edu.co



Presentación

“ Las mujeres negras han estado siempre presentes en las luchas por la liberación y por la dignidad de los pueblos afrodescendientes en las Américas. Su papel activo en las reivindicaciones afrodiaspóricas se ha reconocido algunas veces, mientras que otras se ha invisibilizado e incluso negado. En Colombia es necesario reconocer los múltiples aportes económicos, políticos y culturales que han hecho y hacen las mujeres negras a la imaginación y construcción de la vida y nuevos mundos. Esfuerzos por reconocer y teorizar estas prácticas son evidentes en los trabajos de Mara Viveros, Juana Camacho, Nina de Friedeman, Aurora Vergara, Betty Ruth Lozano, Paula Balduino, Libia Grueso, Doris Lamus, Charo Mina, Natalia Santiesteban y un creciente número de mujeres negras líderes, parteras, científicas, intelectuales e investigadoras que han expandido estas preguntas en diversas regiones del país y campos de la ciencia.

Estas historias son el resultado del proyecto *Caminos y cantos de lucha: trayectorias de mujeres Atrateñas* desarrollado desde el grupo de investigación Cultura, Violencia y Territorio del Instituto de Estudios Regionales de la Universidad de Antioquia en alianza con la Universidad Javeriana de Bogotá y varios colectivos de mujeres en el Atrato: Artesanías Choibá, La Red departamental de Mujeres Chocoanas, La Ruta Pacífica de las Mujeres Chocó, Las Seglares Claretianas en la ciudad de Quibdó, y Artesanías Guayacán y el grupo de Cantadoras de alabados en el Municipio de Bojayá. El proyecto fue financiado por el Comité para el desarrollo de la investigación de la Universidad de Antioquia CODI desde el fondo apoyo a primer proyecto.

La propuesta central de este proyecto fue recopilar voces y recorridos de las mujeres Atrateñas para reconocer las formas y oficios desde los cuales se ha resistido a la guerra y otras violencias. En la reconstrucción de las trayectorias de los colectivos de mujeres en el Atrato se hacen evidentes las formas como los procesos de transmisión de saberes ancestrales tienen hoy continuidad más allá de los territorios de procedencia y se actualizan articulados a las luchas cotidianas.

Las Atrateñas crean constantemente nuevos planos temporales y espaciales de resistencia desde el canto, la organización, la defensa del territorio, el cuidado, el trabajo con la familia, el trabajo textil y la cocina. Sus múltiples posiciones para resistir a la guerra, al machismo a la explotación laboral, al sexismo, entre otros modos de opresión, nos interesaron como claves de lectura. Diversos modelos de organización y articulación aparecieron como alternativas para hacer visible el trabajo colectivo y la experiencia de las mujeres en este territorio.

Colectivos de artesanas, comisiones al interior de las organizaciones étnico territoriales, redes, comités y plataformas hacen las veces de arquitecturas para acoger y crear nuevos espacios donde las mujeres imaginan alternativas para la vida en medio de condiciones de precariedad y conflicto armado. Los caminos, ríos y lugares que se configuran en relación con las historias de estas mujeres son muy diversos, sin embargo, todas tienen en común un río, el Atrato.

Las trayectorias y movimientos de estos colectivos hablan de relaciones, pero no solo de relaciones con el espacio que se transita o los caminos que se recorren. Se trata de relaciones y trayectorias que hacen a las mujeres, configuran sus vidas, cuerpos y memorias. A su vez, esas relaciones crean lo que podríamos llamar “redes de cuidado” o redes de lucha. En el Atrato fue constante que una mujer nos llevara a otra, que de las organizaciones de víctimas o defensoras de derechos humanos pasáramos a un grupo de tejedoras y artesanas, a una mujer pescadora o una cantadora. Son redes que crecen a medida que los conflictos, despojos y amenazas en la región también crecen. Fueron muchas las mujeres que podríamos seguir contactando, conociendo y de las cuales podríamos seguir aprendiendo, pero tocaba parar, volver y hacer un zoom sobre algunas de estas historias para escuchar con atención lo que ellas nos enseñan.

En esta serie de cuadernos quisimos acercarnos a las historias de esos colectivos, pero a su vez privilegiar las voces de algunas de sus representantes, comprender cómo esas experiencias subjetivas se articulaban y hacían también los procesos organizativos. Sabemos bien que no todas están aquí retratadas, que faltan muchas historias por contar. Sabemos también que reconstruir las experiencias de las mujeres Atrateñas pasa por reconocer la diversidad étnica, el lugar de las mujeres indígenas y mestizas, sin embargo, este ejercicio constituye un primer acercamiento que evidencia la riqueza de sus trayectorias y lo poco que conocemos a las mujeres en el Atrato. Una motivación para continuar trabajando y, tal vez, seguir esta apuesta con nuevos colectivos, con mujeres jóvenes, mujeres indígenas y mestizas. ”

A la memoria de Marielle Franco por ser semilla de lucha de las mujeres negras en
Latinoamérica.

Cuando estábamos escribiendo estas pequeñas historias sobre las luchas cotidianas de las mujeres negras en el Atrato fue asesinada en un acto de terror y exterminio político la concejala de Río de Janeiro Marielle Franco, una mujer negra, feminista, socióloga de las favelas de Río, luchadora incansable contra el racismo y el orden biopolítico que autoriza el exterminio de la población negra. Ella, que optó con coraje por la vida pública, la política desde la primera fila, se negó a ser cómplice de la intervención militar decretada en la ciudad de Río de Janeiro a comienzos de 2018. Contra una vida militarizada luchó hasta que un arma, de ese gran aparato militar que es el Estado, acabó con la suya. Su legado está en cada mujer negra que sigue luchando por un territorio sin minas, un barrio sin tanquetas, un río sin bloqueos.

Y hoy, 2019, nos seguimos preguntando

Quem mandou matar Marielle?

La Red Departamental nace como un impulso por integrar las expresiones colectivas que había en diferentes lugares de la geografía chocoana. Su historia empieza a tejerse hacia 1992. Allí confluyen las mujeres que tenían proyectos comunitarios, buscaban la representación de las mujeres en las decisiones políticas o trabajaban por la autonomía alimentaria. Todas ellas se unen a los hilos de esta Red que busca mostrar los potenciales de las mujeres negras, indígenas y mestizas de las tierras Chocoanas.

La Red trabaja en veinte de los treinta y un municipios del Chocó para promover las organizaciones de mujeres, así como algunas mixtas, y contribuir a la formación política de líderes y lideresas para luchar por la equidad de género. En la historia de la Red Departamental son muchos los proyectos que han logrado incidir en espacios gubernamentales, nacionales e internacionales. La Red ha trabajado con agencias de cooperación como ACNUR, OXFAM, y hace parte de plataformas internacionales de incidencia de gran importancia como la Plataforma de Incidencia Política de Mujeres Rurales, plataformas de defensa de los derechos humanos y mantiene en la región un trabajo articulado con las organizaciones étnico territoriales.





En el 2018 el portal La Silla Vacía destacó cien mujeres colombianas transformadoras, entre ellas se encuentra una de las lideresas de la Red Departamental de Mujeres Chocoanas, Nervita Moreno, quien es descrita como una mujer que “Transforma las vidas de mujeres víctimas de la violencia mediante un restaurante típico del Chocó, La Paila de mi Abuela, donde ellas son las chefs. Es una de las lideresas de la Red Departamental de Mujeres Chocoanas, una organización sin ánimo de lucro que cuenta con 52 organizaciones en 20 municipios del Chocó”.

En Quibdó, uno de los puntos de encuentro de todas las mujeres, amigos y familiares de la Red es La Paila de mi Abuela, un restaurante en el acalorado y chispeante centro de la capital chocoana, donde desfilan los aromas de esta tierra. La paila alberga a personas que sobrevivieron al conflicto y que con su trabajo recuperan las fuerzas y unen recursos para reconstruir sus caminos. Y es que con la guerra no solo se pierden vidas, sino que además se van olvidando los sabores y las historias que se contaban en la mesa y en los tiempos de siembra y pesca.

Este lugar nació de la necesidad de autonomía de la Red departamental de Mujeres Chocoanas y de la experiencia de muchas de ellas que llevaron sus recetas al calor del fogón. La Paila de mi Abuela, como lo describe Mirla Valencia:

“Es un referente de comidas y sabores tradicionales, mucha gente lo ve como un patrimonio cultural, en lo que tiene que ver con la gastronomía. Allí hay cocineras tradicionales, que son mujeres en su mayoría cabezas de familia, muchas han sido víctimas de la violencia, ellas con mucho amor y compromiso han ayudado a posicionar el restaurante. Vienen de diferentes lugares y con ellas se van definiendo los platos y sus formas de preparación”.

Es por eso que cuando llega un alimento al sartén lo hace con la historia de su recolección, la savia de la tierra, y con en el pescado llega el sabor y movimiento del río.

Aquí presentamos a Nimia Teresa Vargas, una de las fundadoras de la Red y motor de muchas de sus luchas; Mirla Valencia, lideresa, maestra y emprendedora desde la tradición culinaria chocoana; y Gloria Luna, una historiadora y defensora de los derechos humanos.



Nimia Teresa Vargas

Antes de comenzar a contarnos de la historia de su vida y la fundación de la Red Departamental de Mujeres Chocoanas. Nimia Teresa nos recuerda y aclara que el fundamento de la Red es el trabajo organizativo, es el empoderamiento del liderazgo, el empoderamiento económico y social de las mujeres “Nuestra labor es promover a la mujer y a las organizaciones de las cuales ellas hacen parte para que se empoderen social, política y económicamente, para que hagan incidencia por sus derechos, ese es el trabajo que hace la Red”.

Nació en Quibdó, en el barrio Chambacú, un barrio de tradición en la Yesca Grande, donde vivían casi todos los músicos, un lugar de tradición cultural. Casi toda su familia es artista, hay unos que tocan algún instrumento, otros que bailan, otros que cantan, hoy sus hijos siguieron ese camino del arte, la herencia de los ancestros de Chambacú.

Ella, como dice, cantó mucho tiempo para el mundo, pero hoy le canta a Dios y dedica su tiempo y fuerza al trabajo con la Red, a capacitarse para compartir los aprendizajes con sus compañeras, pues desde niña tuvo ese espíritu rebelde de cuestionar las injusticias y buscar caminos para transformarlas.





Red Departamental de Mujeres Chocoanas

Mientras trabajaba en CODECHOCO pudo acercarse a las mujeres campesinas que llegaban a la institución en búsqueda de apoyo para fortalecer su trabajo agrícola y frenar el avance indiscriminado de la deforestación en sus tierras. En compañía de Rosmira Ravelo, socióloga, amiga quien pertenecía a la Asociación Ecológica del Chocó se propusieron visibilizar la situación y las demandas de esas mujeres rurales:

“ Nos íbamos los fines de semana a hablar con esas mujeres, a ver qué problemas tenían, a ver por qué habían elegido hacer eso. Queríamos conversar un poco de las falencias que tenía el gobierno o los gobiernos al atenderlas allá en ese lugar, porque ellas hablaban de salud, que el centro de salud no tenía lo necesario, que no había una biblioteca, que los profesores casi no iban a las escuelas. Hicimos unas 10 o 15 visitas a los corregimientos cercanos a Quibdó para conocer lo que estaba pasando y para hacerles talleres, por ejemplo de saneamiento, de cómo organizar lo del agua, de cómo procesar lo que estaban produciendo para ellas mismas, porque pues ambas teníamos experiencias de trabajos hacia afuera con mujeres, yo en Bogotá con las mujeres que vendían frutas y cocadas en la calle, y ella con mujeres de Plato, porque ella era de Plato-Magdalena, también hacían ese tipo de trabajo, entonces eso nos hizo como acercarnos y empezar a trabajar con ellas ”

En conexión con un colectivo de mujeres ambientalistas de la Universidad de Manizales, comenzaron a conocer la idea de conformar una “red nacional de mujeres” y de ahí nace la inquietud de articular el trabajo que se realizaba en el Chocó. Nimia Teresa dice que las mingas y trabajos ancestrales en colectivo eran ya un referente chochoano que sumado a la idea de “red” fueron inspiraciones para dar el siguiente paso. Entre ella, Rosmira y una nueva aliada, Francisca García, decidieron aprender y concretar qué era eso de trabajar en red para luego replicarlo con todas esas mujeres que ellas ya habían reconocido en los diferentes lugares del territorio chochoano a inicios de la década del noventa.

“ Era inicios del año 1992 y nos fuimos las tres, con las otras dos compañeras, con plata nuestra, de nuestro sueldo, fuimos, indagamos, preguntamos, y cuando ya teníamos como toda la noción entonces dijimos 'Listo, vamos a llamar a las que hemos conocido, a las lideresas que están como dando la cara en los grupos, llamémoslas y les contamos a ver ellas qué opinan de todo esto'. Habíamos visitado por lo menos 30 grupos, aquí en Quibdó había por lo menos unos siete, había en Bahía, en Ungía, aquí en los alrededores en San Isidro, Villa Conto, Río Quito. Y conociendo qué era una red y precisando qué era la articulación que estábamos buscando, entonces programamos un encuentro a nivel departamental con las mujeres lideresas de los grupos que ya conocíamos. Invitamos también a las alcaldías de los municipios que no conocíamos para que hicieran el favor y nos ubicaran mujeres o grupos que estuvieran trabajando y que vinieran a ese encuentro

”



A ese encuentro llegaron 120 mujeres, después de un trabajo de tres días se sembró la primera semilla de lo que sería la Red Departamental de Mujeres Chocoanas. Trece organizaciones se sumaron a la apuesta de trabajo articulado, donde la comunicación y la capacitación serían ejes fundamentales para fomentar el diálogo entre las diferentes organizaciones y sus apuestas de trabajo. En 1993 esos grupos fundadores de la Red se encuentran para planear e imaginar cual era el siguiente paso “De ahí salió un plan, y ahí seguimos adelante con ese plan, salieron cuatro cosas que se debían hacer, la una era capacitarlas en salud, capacitarlas en valores, capacitarse en cómo tener más acercamiento en las familias, la mayoría de las mujeres en la zona rural tienen un bajo nivel educativo entonces que también enseñar a leer y a escribir, y a sumar y restar, que las que lo sabían les enseñaran a las otras, bueno, eso fue como lo primero que salió ahí”.

Nimia Teresa recuerda el año 1995 como un año que cambió la vida de la gente en el Chocó. Ese año se sintió la fuerza y los efectos del conflicto armado que escalaba en todo el Pacífico colombiano, en Quibdó se empezó a enfrentar la llegada masiva de campesinos y campesinas desterrados de sus comunidades ribereñas y despojados de sus tierras. Los procesos organizativos que estaban tomando impulso en la época se vieron seriamente afectados.



“ Empezaron a matar gente, nosotras pues seguimos haciendo el trabajo por donde podíamos, empezamos a mirar que las mujeres tenían mucho problema porque empezaron a amenazarlas, empezaron a matar líderes de las organizaciones que nosotros estábamos acompañando, de ACAMURI, en el 96 casi matan a Marino, luego en el 97 nos mataron a Ricardina Perea, que era nuestra líder para el Bajo Atrato. Luego en el 2000 nos mataron a Ludis en Acandí. Nos dejaron un hueco también a nosotras, porque era muy duro ver que unas mujeres como ellas que estaban trabajando y formando, las asesinaban. Ludis llegó a la Red en la primera escuela que hicimos, la Escuela de Formación Política de 1997, ella estaba aspirando al Concejo, llegó al Concejo y la mataron los paracos. Y Ricardina, la estábamos formando para alcaldesa de Riosucio, ella era una líder fuerte, tenía todos los dones, no sabía leer ni escribir, pero tenía pues todos los elementos y la estábamos formando para eso, porque ella quería y tenía como todo el potencial para poder llegar ”

Sin embargo, la Red continuó en medio de las dificultades, ese año hicieron su primera asamblea, ya eran treinta organizaciones articuladas como Red Departamental que a su vez hacía las veces de un nodo de la Red Nacional de Mujeres. En la Red Nacional estaban lideresas reconocidas como Rocío Pineda, María Teresa Arizabaleta, Beatriz Quintero, Claudia Mejía, maestras de los procesos organizativos de mujeres en el país. Con la llegada del nodo Chocó a esa Red Nacional también se nutrieron las perspectivas y voces de las mujeres de las regiones “Nosotras a medida que fue pasando el tiempo les fuimos diciendo que había que hacer un trabajo vinculante, y que no veíamos a las negras y a las indígenas, entonces ya se empezó a trabajar también con las organizaciones de mujeres del país indígenas y negras, y nosotras acá también íbamos bajando. Entonces se fue como construyendo esa articulación entre lo rural, lo territorial y lo nacional”.

Sin perder las apuestas iniciales, la Red acopló su labor desde la ciudad de Quibdó ante la llegada masiva de personas desplazadas. El trabajo también fue recibir, acoger y acompañar a esas comunidades y fortalecer esas mujeres. Muchas de ellas ya venían de procesos en los municipios. Rosmira Valencia tenía un grupo en Bojayá llamado Frente de la Mujer Cimarrona, allá se trabajaba con mujeres artesanas y maestras en la Loma de Bojayá, muchas de ellas llegarían luego a Quibdó en situación de desplazamiento. Las mujeres articuladas a los procesos de la COCOMACIA también empiezan a ser desplazadas. La Red acompaña y recibe a muchas de esas mujeres en Quibdó, apoya el trabajo de las organizaciones en la toma del Coliseo de Quibdó. En ese contexto se organiza un terreno que hoy se conoce como el barrio La Victoria, nombrado así en honor a la lideresa Victoria Torres de la COCOMACIA quien llegó desplazada con su gente en 1996 y trabajó por visibilizar el lugar de la mujer al interior de la organización.



La política de la formación y capacitación de las mujeres ha sido una piedra angular de la Red. Las escuelas de cualificación de liderazgos inician en 1996. En estos espacios se abordan temas como resolución de conflictos, gobierno local, participación y derechos culturales, sociales, económicos y ambientales. A la par de ese proceso de formación se asesora a las organizaciones para que se constituyan formalmente, tengan sus planes de trabajo y fortalezcan su autonomía. Se han realizado siete Escuelas de Cualificación de Liderazgo que han dado paso a Escuelas de Formación Política para dar continuidad y formar a lideresas interesadas en aspirar a cargos públicos:

“ Con todo eso que ya sabíamos, con todo eso que aprendimos de las mismas mujeres, entonces ya construimos toda una filosofía y construimos toda una metodología de trabajo que conservamos hasta ahora. Buscamos diferentes mecanismos... diplomados, escuelas, tutoriales de formación a formadores, buscamos programa de radio, sacamos folletos, hacemos investigación de la situación de las mujeres, nos aliamos con otros, nos metemos en la junta, les decimos “Ya se van a conformar los consejos de planeación municipal, ustedes tienen que estar ahí, miren a ver”, o sea, estamos como ahí, porque entendimos que hay que transformar a mujeres y hombres, que hay que hacer incidencia así arrancamos desde 2001 a trabajar el tema de las políticas públicas ”

La Red hoy es todo un movimiento, gracias a esto, Nimia Teresa considera que se han logrado muchas cosas. Han logrado que 19 municipios del departamento diseñen una política de equidad de género, también hacen incidencia para que esta sea adoptada en los planes de gobierno. Los premios que han recibido también son indicadores del buen trabajo que ha hecho la Red, como dice esta gran lideresa, ese trabajo que se hace día a día ha tenido frutos gracias a la formación, a las enseñanzas de maestros y maestras que las han antecedido.

Con el fondo de iniciativas locales del Gobierno de Canadá, se creó la semilla de lo que hoy es La Paila de mi Abuela:

“ Inicialmente lo creamos pensando exclusivamente en que los excedentes que pudiéramos tener en el restaurante iban a cofinanciar los proyectos sociales y estratégicos de la Red, pero ya después fuimos pensando que además era una plataforma porque nos llegan mujeres abusadas, nos llegan mujeres violentadas, nos llegan mujeres que a través de este espacio las vamos a recuperar. El 90% de las mujeres que trabajan en la Paila y en la tienda son mujeres recuperadas, son mujeres que dejaron de estar en condición de desplazamiento, que ya no reciben del gobierno nada porque tienen un salario y tienen unas prestaciones, y están con todo lo de ley aquí con nosotras, aquí nosotras tenemos tres psicólogas, tenemos una médica y tenemos una abogada, entonces lo que hacemos es trabajar con ellas, hay que seguir trabajando

”



Mirla Valencia

Hija de Aureliana Dávila Moreno, oriunda de la comunidad de Padua en Vigía del Fuerte, y de José de la Cruz Valencia de Bellavista Bojayá. Mirla toda su vida ha tenido una inquietud por la autonomía de las mujeres. Lo nombra como una rebeldía y una constante insatisfacción con la injusticia. De sus padres aprendió la independencia, el compromiso y ser dueña de sus propias decisiones.

Sus caminos han estado marcados por la necesidad de encontrar espacios para reivindicar el ser mujer negra en el Chocó. Su primer referente de compromiso con ese territorio, que hace las veces de raíces, es José de la Cruz, su padre. Él puso en ella y en sus hermanas una idea que marcaría sus vidas: estudiar era una forma de poder decidir sobre sus vidas.

“ De los hombres que yo admiro en el mundo, mi papá es uno de ellos. Es un hombre al que admiro y amo con todo mi corazón. Él es un ejemplo para nosotras como hijas y para la sociedad (...) Mi papá siempre insistió que sus hijas e hijos debíamos estudiar antes de tener marido o de casarnos. Nos decía que después de estudiar podríamos escoger el marido que quisiéramos, no al contrario ”





El camino de Mirla empieza en Bellavista, Bojayá, donde nació y vivió con sus hermanos. Allí permaneció durante su infancia y parte de su juventud, hasta que llegó el momento de irse. José de la Cruz, su padre, tenía claro el proyecto de darle estudio a sus hijos y como en su municipio no era posible culminar el bachillerato consiguió una casa para que sus hijos la habitaran mientras estudiaban en Quibdó.

Con el paso de los años, la vida en Bellavista solo se conecta con los sabores, Mirla vive en Quibdó, pero el sabor del pescado fresco, el borojón y los limones, que llegan en la encomienda que mandan su padre y hermanos, le recuerdan la vida en su pueblo.

Los sabores que marcaron su vida y la de otras mujeres están en las recetas de La Paila de mi Abuela. Mirla también se conecta con su pueblo cuando lo visita. En ocasiones especiales como los cumpleaños, Semana Santa, fin de año o las fiestas del pueblo, se reencontra con su familia en Bellavista, con la que nunca ha perdido la conexión, pues para ella ese sigue siendo su territorio:

“Nosotras aprovechamos para reencontrarnos y recargarnos de esa energía, del cariño que uno tiene en su patria chica”



Sus caminos han estado marcados por reconocerse y empoderarse a sí misma y a otras mujeres. Llegó a Pie de Pató como profesora de un instituto agropecuario y comenzó a reunirse con otras mujeres, su lucha allí fue por la soberanía alimentaria, sembraban y se reunían.

“ Sembrábamos plátano y arroz. Teníamos azoteas y gallinas. Además, generamos espacios lúdicos para encontrarnos y generar una dinámica de mujeres. Tengo que reconocer que nosotras no teníamos muy apropiado el tema de los derechos, pero sí en torno a lo que éramos como mujeres y madres. Nos juntábamos y hablábamos de lo que queríamos hacer como mujeres y del cambio que queríamos lograr ”

A este proceso de mujeres en el alto Baudó llegó la Red Departamental de Mujeres del Chocó, que en palabras de Mirla encajaba perfectamente con lo que eran. En esa ocasión la casualidad hizo que se encontrara con su hermana.

Con la Red su lucha hizo más consciente su búsqueda por la autonomía como mujer. Esa sensación de rebeldía que sintió desde la juventud tuvo un sentido, no solo era conocer los derechos, era entender el porqué de la insatisfacción que la acompañaba hace tanto tiempo:

“ De alguna manera, sentía que tenía una rebeldía con situaciones de inequidad que se presentaban en las relaciones entre hombres y mujeres, o en situaciones sociales y del gobierno con respecto a las mujeres. Sentía que tenía mucha rebeldía y mucha inconformidad, y eso me ayudaba a entender el por qué de la insatisfacción que tenía con muchas cosas. Al conocer de derechos, de participación ciudadana, así como de la identidad de género, dije: esto era lo que estaba buscando ”

Ahora su idea de la mujer negra del Chocó es la de una mujer que ha ganado mucha autonomía. Para Mirla las mujeres negras lideran sus hogares y esto se refleja en el espacio social. El trabajo político se ha ido multiplicando y es hora de que las mujeres que siempre han construido la política para que los hombres gobiernen, pasen a ser dueñas de sus decisiones y a incidir en las direcciones de los gobiernos.





Gloria Luna

Gloria Luna es una mujer negra, de ascendencia antioqueña por su línea materna y chocoana por su padre Juan Bautista Luna, el primer médico negro en graduarse en una universidad pública.

Cuenta que en su familia son mulatos, una mezcla de indígena, mestizo y español. Pero Gloria se afirma y reconoce como mujer negra, incluso buscó en su árbol de nacimientos por parte de su madre y encontró que tenía una bisabuela negra. Gloria vivió su juventud en Medellín, donde se acopló a los ritmos de la urbe, los de las calles y sonidos musicales que aún conserva como parte de lo que ella es. La salsa, el tango, el jazz le recuerdan su juventud bohemia en la vida universitaria.

Como muchas mujeres, encontró en los libros una forma de liberación, una nueva trayectoria que cambió el rumbo de su vida y que en su caso le permitió formarse como una mujer comprometida contra las injusticias. Esta indignación luego la llevó a trabajar con las mujeres negras chocoanas en la defensa de sus derechos, para su organización, empoderamiento, autonomía y libertad. Se declara historiadora defensora de derechos humanos desde una perspectiva integral, es decir, defendiendo la vida y el territorio.

En medio de las historias, Gloria Luna cuenta que ser mujer negra es ser valiente, pero sobre todo una mujer cuidadora de los otros y de su familia. Y narra cómo las mujeres negras han trabajado a la par con los hombres, ya sea en la mina, en el campo o pescando. Son mujeres fuertes y valientes que han tenido que soportar la violencia que viene desde la esclavización.

Hay herencias culturales que permanecen en la vida social del Chocó y que aún siguen afectando la vida de las niñas y jóvenes negras, en las que la precariedad económica siempre las ha puesto en una condición de vulnerabilidad que es aprovechada por quienes tienen poder. Desde la esclavización del pueblo negro, las mujeres eran violadas por quienes se hacían llamar sus amos, que utilizaron además sus cuerpos y dejaron en ellos los rastros de la dominación.

En el Chocó persiste una forma de explotación en la que algunas familias de la zona urbana de Quibdó hacen la promesa a niñas y jóvenes del campo de apoyarlas en sus estudios. Ellas se van con la idea de salir de la pobreza que hay en sus campos y se encuentran con la explotación, al ser destinadas a las funciones domésticas de estas casas sin recibir un pago, y sus cuerpos, puestos al servicio sexual de los hombres de estas familias. Para Gloria Luna esta es una especie de trata de mujeres que se camufla con lo cultural.





De la mano con la Red Departamental de Mujeres Chocoanas, Gloria ha luchado por el empoderamiento económico de las mujeres, al permitirles estar en espacios donde puedan obtener sus propios recursos. Aunque ellas son un pilar de las familias chocoanas, no tienen autonomía económica y esto les impide en muchos casos tomar decisiones en su vida cotidiana.

Gloria cuenta que se considera una mujer negra, pero duda si definirse como feminista. Al preguntarle por qué, responde que el feminismo no se ha estudiado ni interiorizado, que hay feminismos negros que se localizan en Brasil o Estados Unidos, pero que es más importante mirar hacia adentro, buscar en las raíces:

“ **Me gusta más mirarnos nosotros, a los compañeros negros les decía que nosotros teníamos que mirar hacia África y no hacia Estados Unidos. Mirar toda nuestra historia, de dónde venimos realmente, cuáles son las cosas que tenemos en común** ”

Cuenta que en su faceta como investigadora y académica pudo comprender algunos conceptos importantes para su labor en el Chocó, pero le da más importancia a lo que hacen y a las formas en que las mujeres se liberan y luchan por su autonomía.



Pontificia Universidad
JAVERIANA
Bogotá



Fundación
Universidad
de Antioquia



**UNIVERSIDAD
DE ANTIOQUIA**

